

El peso de los candados

Cuando Ana se levantó por la mañana aquel día, sólo llevaba trece candados encima y había perdido tres llaves. O quizás no fueran tantos, y tuviera menos llaves y candados de los que pensaba. Lo único que si era seguro, era que esos candados se entrelazaban alrededor de su cuerpo. A veces Ana pensaba que esos candados la atravesaban.

Aquel día, cuando Ana fue a tomar el café con magdalenas, en el primer mordisco, recordó el día en el que le pusieron uno de los primeros candados. Las palabras de su madre caían lentamente del pasado: cierra las piernas hija, eres una señorita. Aquella tarde hacía calor, y la funda naranja del sofá se pegaba sobre sus piernas. Acababa de llegar del colegio y lo menos que le preocupaban eran sus piernas. Se acordó de ese momento saboreando la magdalena y mirándola. El candado aparecía. No sabía muy bien de dónde venía, pero Ana siempre pensó que nacía de las palabras de la boca que su madre producía. Era como si del discurso brotara un candado y cayera, suavemente sobre su cuerpo. Entonces se cerraba y producía un pinchazo como el de una abeja, casi imperceptible pero doloroso. El candado, incrustado en la piel o alrededor, era un peso que ya formaba parte del cuerpo. Con el tiempo se iba haciendo más pesado.

Quizás ese fuera uno de los primeros candados, pero como las cenizas de un volcán, empezaron a salir de la magdalena aquellos recuerdos. Las imágenes de los candados cayendo sobre su cuerpo. Todos y cada uno de ellos salían de la magdalena mientras Ana la saboreaba tomando el café.

Y uno era de un día lluvioso en el patio del colegio, cuando entre risas le empujaban debajo de la lluvia, mientras le decían que el agua iba a conseguir quitarle la suciedad del color de su piel. Pero ella sabía que su piel era así, no como la de ellos. Era tostada, como cuando te da mucho el sol en verano. Argumentaba infantilmente para que la aceptaran. Tendría unos 8 años, y en ese momento otro candado empezó a resbalar por su cuerpo, como las lágrimas que se le escapaban y se confundían con la lluvia.

Dio otro mordisco a la magdalena y el origen de otro candado apareció. Tendría 15 años cuando ocurrió. Era el comienzo del otoño, mediados de septiembre. El frío era paralizador a las 3 de la mañana. Después de estar con las amigas y haberse tomado algún que otro cubata de más, tuvo su primera relación sexual. Dejó un charco de sangre en el suelo. Algo malo he hecho, pensó. Y de la sangre brotó otro candado que se clavó en su cuerpo. Cuando llegó al instituto las monjas no dejaban de decirle: te portas muy mal, Dios te castigará. No podía dejar de pensar en el castigo de aquella sangre. Con el paso de los años ese candado se hizo cada vez más grande y pesado.

Evocó la primera entrevista de trabajo que tuvo mientras saboreaba el último mordisco de la magdalena. Ese trabajo no era gran cosa, y tampoco estaba bien pagado. Se había puesto la mejor camisa que tenía y una falda larga, de varios años atrás, pero no tenía dinero para comprarse otra. Recordó como si fuera ayer los nervios de antes. Al llegar, le dijo a un hombre que estaba tras el mostrador: tengo una entrevista de trabajo con Florencio García. Le miró de abajo arriba y de arriba a abajo, dos o tres veces. Se rió y le dijo: Quizás debería ir vestida de otra manera, ¿no cree?. Bajó la cabeza y se miró. Un nuevo candado brotó de aquellas palabras y empezó a resbalar por su pecho mientras ella permanecía en aquella sala de espera silenciosa. Entró en una pequeña salita con dos sillas y una mesa, olía a podrido. ¿Tiene intención de tener hijos? le preguntó el entrevistador. El candado entonces siguió resbalando hasta adentrarse en su vagina. Le contestó que aquello no era de su incumbencia. No la volvieron a llamar.

Arrugó el papel de la magdalena y la depositó dentro de la taza de café vacía. Se frotó los ojos y se miró. Y vio todos los candados entrelazados y enganchados unos con otros, oprimiendo su cuerpo. Era como si cada uno de ellos tuviera algún tipo de relación con otro.

Entonces cogió una de las llaves que había guardado durante muchos años en una caja de madera y comenzó a probar. Descubrió, que a medida que iba probando, los candados podían abrirse. Al principio fue costoso. La llave no funcionaba como funcionan las llaves normales. La cuestión no era introducirla en la cerradura, sino pensar en cómo esa cerradura se había formado en el candado, en qué momento, con qué palabras, con qué imágenes y símbolos, con qué actos. Solo entonces la cuestión se volvía posible. Había que formar la llave adecuada para cada cerradura. Algunos candados caían rápidamente al suelo.

Al final no eran tantos como pensaba, se dijo. Entendió entonces cuán importantes habían sido y guardó los candados que quedaban en la caja de madera. Miró la caja y pensó que ésta debería tener un nombre. Un nombre para la caja de los candados, se dijo, por qué no. Así que cogió una de las llaves y empezó a tallar minuciosamente la palabra libertad.